

Diez ensayos de buena literatura

Un Robinson cercano. Diez ensayos sobre literatura francesa del siglo XX

PABLO MONTOYA

Universidad Eafit, Medellín, 2013,
166 págs.

PABLO MONTOYA (Barrancabermeja, 1963) ha ido construyendo, de a poco, un nombre de prestigio como narrador en la literatura colombiana. Sus cuentos y novelas se han abierto paso entre los lectores por su innegable calidad, por un estilo que privilegia la escritura limpia, sin arabescos ni falsos prodigios, una escritura que penetra y horada con cuidados golpes que terminan haciendo mella en un lector que, no siempre de manera consciente, se ve inmerso en una poética a veces devastadora, que entra de lleno en la vida y en las circunstancias de sus personajes, de sus lugares, de los estados de ánimo de esos personajes y en las atmósferas de dichos lugares. En sus cuentos y novelas el lector encuentra realidades que pasan por el vivo interés de sus asuntos, por las complejas relaciones –ciudad, crimen, poder, soledad, creación, historia, arte– que atraviesa nuestra (precaria) condición política y nuestras incesantes búsquedas de nuevas realidades. Tal vez haya que decir, con un tópico, que la literatura que escribe Pablo Montoya es distinta a mucho de lo que uno está acostumbrado a leer de la literatura colombiana. Es distinta para bien de los lectores.

El autor, no obstante, escribe otros libros, además de los de narrativa propiamente. Algunos le llaman prosas poéticas a libros como *Trazos. Cuaderno de París* o *Viajeros*. Son libros, en verdad, en los que desaparece la narración y aparece el ensayo, tal vez, pero de una manera indefinida, quizá abstracta, desentendida de la trama y concentrada en el regodeo, en la frase poética, en el sentimiento que busca consciente la belleza.

Está el autor de libros de ensayos, explícitamente. *Música de pájaros, Novela histórica en Colombia, 1988-2008: entre la pompa y el fracaso*, y

el que aquí comentaré: *Un Robinson cercano. Diez ensayos sobre literatura francesa del siglo XX*. El primero de los que acabo de mencionar es un delicioso libro sobre París musical, asuntos menores y mayores de un arte que el autor privilegia de manera especial. El segundo es un drástico y sesudo dictamen de la novela histórica colombiana, en el cual ruedan algunas prestigiosas cabezas porque el autor centra su crítica en la verosimilitud de unos personajes que, en estas novelas, aparecen a menudo bajo insulsas “correcciones” históricas, sin humor ni desenfado, obedeciendo más a solemnidades y retóricas acostumbradas. Un libro que debería leerse más de lo acostumbrado, a propósito de temas históricos generalmente manipulados tanto por obedientes y sonsas directrices educativas, como por instancias de poderes ladinos que huyen de la crítica a como dé lugar.

La prosa ensayística de Pablo Montoya, como en *Un Robinson cercano*, deja dos lecciones o, para decirlo de forma más modesta deja dos aprendizajes: por un lado su escritura: directa, clara, incisiva, documentada; y por otro lado va un lector agudo, atento, panorámico y generoso. Los dos son uno.

En el medio colombiano no son comunes los libros dedicados al ensayo literario de corte monográfico, digamos, en el sentido de abarcar textos referidos solo a obras literarias y a unos autores determinados, como en este caso: diez autores franceses y diez de sus obras. O al final muchas más de diez porque, claro, las referencias y las conexiones se van ampliando a medida que el autor avanza en conceptos, en alusiones, en personajes, etc. Hay, por supuesto, algunos libros que podrían ser mencionados en este sentido, y a la cabeza vienen nombres como Andrés Holguín, Hernando Valencia Goelkel, Fernando Charry Lara, Juan Gustavo Cobo Borda, William Ospina, y pocos más, sin duda.

Lo que encuentro más notorio en el libro de Pablo Montoya es el buceo profundo que realiza para llegar a momentos clave en la obra de sus autores. El solvente conocimiento que evidencia de ellos y sus obras, las parentelas que establece para hacernos ver lo que cada uno ha significado en su momen-

to y lo que en la actualidad irradia y provoca en los jóvenes lectores y autores. Su larga estadía en Francia y el dominio de la lengua le conceden autoridad al autor para hablarnos de diez escritores de ese país, de diez de sus obras (y, como digo, de muchas más) leídas en el idioma original. En libros como este, insisto, Pablo Montoya deja entrever que es un lector no solo copioso, sino también riguroso, crítico y perspicaz. Los autores y las obras que nos presenta son sometidas a un amplio escrutinio en el cual afloran sus amores, claro, el afecto que le tiene a todos sus escritores, pero asimismo nos aporta una mirada inconforme y descontenta cuando es necesario que aparezcan dichas controversias, algunos desacuerdos que, en todo caso, el lector agradece y aprovecha. “Francia, o mejor su literatura, me ha enseñado a cultivar el descontento y el escepticismo, la ironía y el asombro, la sed del viaje y el saber enciclopédico, la tolerancia hacia los otros pero también la indignación hacia ellos” [pág. 7]. El libro reúne, además, los ensayos que entre 1997 y 2001 el autor publicó en distintos números de la *Revista Universidad de Antioquia*.

Henri Michaux, André Gide, Albert Camus, Michel Tournier, Louis-Ferdinand Céline, Pascal Quignard, Pierre Michon, Michel Houellebecq, Julien Gracq y Marguerite Yourcenar son los diez nombres por los cuales van estos ensayos. Con todos los autores Montoya paga una deuda, sin duda, de sus lecturas, de sus reflexiones y sus aprendizajes, como lo dijo en la presentación. Con ellos aprendió a crecer en la literatura y de todos tomó lecciones y estilos y temas para escribir. Ese robo necesario que es la literatura, ese saqueo inevitable, porque todos los autores están hechos de otros, de sus maneras de decir y sus obsesiones y sus manías, y hasta de sus filias y sus fobias. Todo cabe y todo se hereda. Todo, también, hay que olvidarlo, aunque se va por el mundo con algo de todo aquello.

La cierta erudición que el autor posee acerca del tema de sus ensayos no hace, sin embargo, que estos se conviertan en lecciones académicas, ni, menos, en pedante exhibicionismo intelectual. Es consciente de la necesidad de ser claro sin renunciar al rigor

ENSAYO		RESEÑAS
<p>y asume un punto de vista personal; el debate y el escrutinio de las obras los realiza desde su propia condición de escritor y de lector, y para ello aporta sus propias ideas y sus propios puntos de vista. No es sumiso con sus “invitados”, ni pretende ponerse por encima de ellos para demostrar una solvencia que sin duda posee. Conoce las leyes del ensayo y lo lleva a niveles de gran altura y de gran estilo.</p> <p>En el ensayo <i>Viernes o los limbos del Pacífico</i> de Michel Tournier el tema fundamental es su contraposición, en varios aspectos, al <i>Robinson Crusoe</i> de Daniel Defoe. La primera, dice el autor, no le teme a mostrar a un personaje sin los evidentes prejuicios que existen en la segunda. Robinson, el personaje de ambas novelas, en el francés enfrenta temas que en el inglés están vedados por alguna razón que tiene que ver con la moral, o con la religión, o con la ética. “Su Robinson parece un ángel renacentista guiado por las Sagradas Escrituras”. La del francés, “más demoniaca, por no decir más actual, es la soledad de Robinson Crusoe de Michel Tournier”. El autor se adentra en una reflexión, apasionada, acerca de la soledad.</p> <p>En “Un bárbaro en Ecuador”, el primero de los textos, se refiere a <i>Ecuador</i> de Henri Michaux. Montoya plantea lo poco comprometida de la actitud del escritor en el entorno suramericano, de Ecuador en concreto, de la sensibilidad superficial y hasta deportiva que lo embarga ante la presencia indígena, la cual asume en forma anecdótica, sacándole provecho, más bien, a su marcado interés por los alucinógenos: “A excepción de algunas anotaciones pintorescas, <i>Ecuador</i> refleja la gran distancia que se abre entre el viajero y el asunto del viaje [...]” [pág. 11]. Un poco lo que había dicho respecto de otra famosa obra del autor francés, relativa también a sus viajes: “Si en <i>Un bárbaro en Asia</i> el lector reconoce una realidad, en <i>Ecuador</i> la desconoce” [pág. 11]. En el tema obligado de la selva entran obras como <i>La vorágine</i> (J. E. Rivera), <i>El hablador</i> (Vargas Llosa) y <i>Los pasos perdidos</i> (A. Carpentier). En desmedro de Michaux, claro, de quien dice que “opta por la actitud ciudadana y, sin caer el señuelo del color local, prefiere el desparpajo”.</p> <p>Sería fatigante, para mí y para el</p>	<p>lector (y faltaría a la normal extensión de una reseña), abordar así los diez ensayos del libro. Dejo lo dicho como una muestra, con la ilusión de haber provocado la curiosidad del lector. Con la seguridad de que estamos ante un excelente libro de ensayos literarios.</p> <p style="text-align: center;">Luis Germán Sierra J.</p>	